

# Reflexión de la docencia: ¿cómo se forma un maestro?

Daniela González Ayala

---

*Festejo de cumpleaños de la maestra Daniela González con sus alumnos de 3o. B del Jardín de Niños Abraham González de la ciudad de Chihuahua.*



*Fuente: Foto cortesía de Daniela González Ayala.*

Daniela González Ayala egresó de la Licenciatura en Administración, Especialidad en Mercadotecnia, del Instituto Tecnológico de Chihuahua. Ejerció cinco años en la Escuela de Gimnasia Olímpica Mayao como instructora de jazz y gimnasia. Es emprendedora y dirige su propia academia de danza (Danxercise), que tiene diez años ofreciendo clases en esta área. Ha participado en *workshops* y concursos a nivel nacional e internacional con su equipo de competencia que ella prepara. Actualmente es docente frente a grupo en la Escuela Secundaria Federal No. 9 Gabino Estrada Velo y funge como asesora de Inglés en el Jardín de Niños Abraham González. Correo electrónico: [danna.glez88@gmail.com](mailto:danna.glez88@gmail.com).

## Resumen

El presente relato se enfoca en el descubrimiento de la vocación docente mediante un análisis de las experiencias de vida que condujeron hacia el camino de la enseñanza. El impacto de una o varias situaciones en nuestra existencia nos lleva a encontrar la profesión en la que nos sentimos plenos, llevándonos a un nivel de autorrealización, pues trabajamos en lo que nacimos para ejercer. A través de la meditación se identifican esos momentos cruciales que fueron detonantes para las elecciones tomadas, abordando los temas de la reflexión, el desarrollo de competencias, encadenándolas a las vivencias desde la niñez hasta la actualidad, donde mis padres fungieron un papel muy importante en mi elección de ser maestra, la muerte de mi papá en conjunto con los relatos de quienes lo conocieron como docente, al igual que el empuje de mi madre para que aprendiera a aprender, así como aquellos maestros que me inspiraron en diferentes niveles y asignaturas. La esencia en cada uno de ellos es la misma: ir compartiendo con los alumnos conocimientos, sembrando la semilla del aprendizaje. La Maestría en Educación para el Desarrollo Profesional Docente ha permitido que formalice y ratifique la decisión de que mi llamado está en ser maestra.

Palabras clave: REFLEXIÓN DE LA DOCENCIA, COMPETENCIAS DOCENTES, AUTOBIOGRAFÍA, RELATOS DE VIDA.

## Introducción

En este viaje de reflexión, aprendizaje y autodescubrimiento que he tenido al cursar la Maestría en Educación para el Desarrollo Profesional Docente, particularmente en las tres materias de este primer semestre (Elementos Fundamentales de la Práctica Reflexiva, Análisis Curricular y Desarrollo de Competencias) descubrí que no fue solo una experiencia la que me trajo a la docencia, sino que es el resultado de una serie de experiencias concatenadas, mismas que relataré en los siguientes párrafos. Tal vez no había soñado con ser docente, pero puedo asegurar que esta es, hoy por hoy, la mejor etapa de mi vida, al disfrutar de una actividad que no solo me gusta, sino que me enriquece en varios aspectos.

## De regreso al inicio

Cuando tenía cinco años, mi maestra de kínder preguntó a cada alumno qué queríamos ser de grandes. Recuerdo que dije –jugando– “directora”, pero jamás hubiese imaginado el rumbo que tomaría mi vida para hoy encontrarme dentro de un aula como docente. Entonces regreso a mi niñez, el primer grupo social al que pertenezco: mi familia.

La familia es el primer lugar en que se produce la educación, y como tal, establece el enlace entre los aspectos afectivo y cognoscitivo, y asegura la transmisión de los valores y las normas [...] para el desarrollo armonioso de los niños es necesario que la educación escolar y la educación familiar se complementen [Delors, 1996, p. 118].

Mi padre fue maestro de ciencias naturales, física y química en secundaria. Recuerdo cómo en ocasiones hacíamos experimentos en casa; uno de ellos fue el periódico con unos “polvos mágicos” (pólvora de las cabezas de cerillos molida envuelta en aluminio), que al someterse a la fuerza o peso hacía estruendo y soltaba polvo de color rosa. Ese día llegó mi mamá a casa y se llevó una sorpresa con un campo minado y su esposo e hija soltando carcajadas mientras se escuchaban las pequeñas explosiones bajo sus pies. Tal vez fue ese día en el que concienticé mi admiración por mi padre. Él despertó en mí la curiosidad y el gusto por el estudio.

Años después mi padre fallece y al funeral asistieron sus compañeros maestros, alumnos y personal administrativo de su escuela. Para una niña de once años de edad era abrumador ver tantas personas, pero ahí estaban presentando sus respetos, condolencias, llorando con nosotros nuestra pérdida. Sin embargo, no fue sino hasta después de muchos años cuando pude comprender el impacto que él tuvo en la vida de sus alumnos y sus compañeros. Desde fomentar la inclusión del alumno en su propio aprendizaje hasta involucrar a los padres en la educación de sus hijos, actividades a las que hoy llamamos competencias para la vida. Al respecto, Zabala y Arnau (2007, p. 13) señalan:

El uso del término competencia es una consecuencia de la necesidad de superar una enseñanza que, en la mayoría de los casos se ha reducido al aprendizaje memorístico de conocimientos, hecho que conlleva la dificultad para que estos puedan ser aplicados en la vida real.

De una manera u otra, en la práctica docente vamos entregando pedazos de nosotros a nuestros alumnos con la esperanza de que en el momento preciso la semilla dé frutos. Las impresiones y aprendizajes que nos llevamos del maestro no son los datos que memorizamos para un examen, sino aquellas veces que nos corrigió y la manera en que lo hizo, el momento en el que validó o complementó una de nuestras aportaciones, o cuando en su manera perfectible de enseñar nos dio las herramientas necesarias para fortalecer nuestro proceso de aprendizaje.

En mi casa era notorio un librero antiguo que aún conservamos; me llamaba mucho la atención una figurilla que fungía como sostenedor de libros: un hombre sentado, contraído, con el puño en la barbilla y de piernas cruzadas, réplica de la escultura *El pensador* de Auguste Rodin.

*El Pensador* es un hombre inmerso en sus propias reflexiones, que de alguna manera asemeja la tarea cotidiana de un maestro, y debe ser así puesto que el autoanálisis es el único camino para la superación personal como docente y como ser humano. La reflexión es una herramienta de autoevaluación cuya finalidad es enriquecer el trabajo, en este caso del docente (Gómez, 2008). Para mí fue fácil relacionar al pensador con los cuadernos de mi padre, donde anotaba sus planeaciones, estructuraba sus clases y secuencias didácticas. Fueron prueba de su constante reflexión acerca de cómo impartía sus clases.

De otro lado estaba mi madre, quien pocos meses después de que murió mi padre empieza su camino en la docencia. Siempre tuvo inclinación hacia el español, quizá por su formación en la técnica comercial, y era quien cuidaba meticulosamente mi gramática y ortografía. Me corregía explicando alguna de las reglas que estaba rompiendo y por qué para que no se me olvidara. Fui su primera alumna desde leer y escribir hasta ser madre, y no por minimizar el trabajo de mis maestros; al contrario, fue la sinergia entre mi educación en casa y la educación escolar la que permitió que desarrollara las competencias necesarias para la vida.

## **¿Cómo distinguir a un buen maestro?**

En mi educación básica, debido a la imagen que quedó conmigo de mi padre, aunado a la forma de trabajar de mi madre, aprendí a admirar a mis maestros, tanto mujeres como hombres, que lograban compartir con nosotros sus conocimientos de una manera tan natural que su vocación era innegable. Me gustaba imaginar que así como ellos daban clases, mi papá también lo hacía, y creo que fue por eso que hoy en día recuerdo vagamente las caras de mis compañeros. Tengo grabado en la memoria los rostros de mis profesores de

quienes me gustaban sus clases y de quienes no tanto, sin importar que fuera una asignatura que no me llamara la atención, pero si el maestro era bueno en su clase disfrutaba la hora. Solía analizar a cada uno de mis maestros: su tono de voz, cómo daba las indicaciones, la postura, la congruencia entre su porte y su conocimiento, en fin, todos esos detalles que suenan insignificantes cuando lo reflexiono. No encontré manera alguna para identificar qué docente sería excelente o no, con solo verlo o escucharlo. ¿De qué manera puede uno clasificar a un docente como profesional? Perrenoud (2004, p. 10) señala que la “profesionalización del oficio de enseñante consistiría en incidir con fuerza en la parte profesional de la formación, más allá del dominio de los contenidos hay que transmitir”.

La definición anterior nos dice que un docente profesional es aquel que posee la capacidad de transmitir sus conocimientos; además agrega que “todo profesional reúne las competencias del creador y el ejecutor” (Perrenoud, 2004, p. 10). Aun y con todo este análisis que inconscientemente hacía de mis maestros, yo no tenía planeado ser maestra.

En mi último año de educación secundaria, una amiga me invito a una clase de jazz, a la cual fui; ahí me enamoré de la danza, del sentimiento de estar sobre el escenario y de poder ser alguien, más grande, más alegre, simplemente ¡más! En ese momento me atraía todo ese proceso de experimentación para crear una coreografía y después darle vida a través de los bailarines. Si alguien me hubiera preguntado la diferencia entre ser maestra de danza y asignaturas de secundaria le hubiera dicho que no había punto de comparación. Enseñar danza nada tenía que ver con enseñar matemáticas –ni con alguna otra materia– por el movimiento, por el ritmo, la coordinación, etcétera. Ahora sé que no hay diferencia más que la especialidad, puesto que estar frente a grupo y dar una clase tiene un movimiento, un ritmo y coordinación propia. La música es el contenido y el alumno marca el ritmo; el aprendizaje esperado es el movimiento y el maestro es el coreógrafo, una hermosa y perfecta sinergia.

### **Entender lo complejo de la docencia**

A los 18 años comencé impartir danza por mi cuenta, sin ser consciente verdaderamente que estaba dando una clase y que estaba compartiendo conocimientos. Para mí solo era una actividad natural, el deseo de lograr que mis alumnos aprendieran a bailar y disfrutar cada parte del proceso. A la mitad de mi carrera en administración me doy cuenta de que no estaba estudiando algo que me apasionara realmente, ni me veía dentro de diez años trabajando en esa profesión. Mis actividades paralelas dando clases de danza me ayudaron

a terminar mi carrera sin sentirme frustrada, al menos no tanto. Sin quererlo y sin pensarlo ya había decidido ser maestra.

Sin ser consciente del trabajo que estaba realizando me integré más en el área de enseñanza impartiendo clases de inglés en preescolar, me convertí en la *teacher*. Ese ciclo escolar comprendí lo mucho que me gustaba la docencia y compartir con mentes deseosas de conocimiento. Estar en los diferentes niveles de educación básica, más el pequeño empujón de mi mamá, me trajeron a cursar la maestría con el afán de buscar ser mejor y entender la complejidad de la docencia; cómo ser más eficaz en la selección de contenidos y en la aplicación del currículo. Todos esos conceptos que para un docente de formación son cotidianos, para mí fueron “oro negro”, porque pude darle un nombre a lo que estaba aplicando: aprender a aprender y aprender a enseñar. Estas han sido las pautas que necesitaba para construirme como maestra. Prieto (2004) menciona que esta construcción requiere de un proceso individual y colectivo, es de naturaleza compleja y dinámica y se mantiene durante toda su vida laboral, lo que permite la configuración de representaciones subjetivas y colectivas acerca de la profesión docente. De esta forma la mejora continua es una característica admirable de la docencia, pues ser profesional no es un título obtenido, sino la formación diaria en un proceso que no termina hasta que finalice la vida laboral. El maestro se perfecciona como facilitador del conocimiento, al tiempo en que crece como ser humano.

Formar parte del proceso educativo de alguien más es también enriquecer el propio. Hace días, un alumno en tono sarcástico me dijo: “Ve maestra, soy bien inteligente”, cuando respondió a una pregunta correctamente. Tal vez pensó que lo ignoraría, pero agradecí el comentario, porque cuando él comparte su conocimiento, multiplica el aprendizaje de los demás, al igual que el mío. Maestro y alumno no son personajes antagónicos; al contrario, son dos roles que se complementan y necesitan. El maestro no puede serlo sin tener a quién enseñar y el alumno no puede reducir lo que desconoce sin tener quién le guíe en el proceso. Piaget (1995) menciona que el segundo objetivo de la educación es formar mentes críticas, que puedan verificar y no aceptar todo lo que se les ofrece.

## **Conclusiones**

Un docente y alumno reflexivos son necesarios para el buen desarrollo del proceso de enseñanza-aprendizaje. Se requiere comprender que ser un buen docente es un proceso fundamentado principalmente en la reflexión de la pro-

pia práctica y en el análisis de nuestras acciones dentro del aula. De manera personal estoy en ese proceso, acercándome a compañeros docentes con mayor experiencia en busca de su apoyo y guía para lograr mejorar.

Uno de los procesos que más se me dificulta es la evaluación y el convencimiento a los estudiantes de aprovechar al máximo su estancia en la escuela. Es en esa área donde enfoco mi reflexión durante este semestre para aprender cómo lograr impartir una clase dinámica en la que cumpla los propósitos establecidos en el programa y cuyos productos pueda evaluar, en el entendido de que somos formadores, no informadores. Es necesaria la meditación diaria para desarrollar las competencias que el alumno necesita y en esa abstracción constante está implícito el análisis del alumno como individuo y el trabajo que como docente tengo que realizar para que él logre los objetivos. Evaluar de manera procesual las actividades para ir atendiendo de manera inmediata las áreas que se deben fortalecer en los estudiantes con la finalidad de que ocurra el aprendizaje significativo.

Convivir con seres humanos es aceptar que no hay una fórmula para trabajar con ellos, que son tan distintos como los copos de nieve (no hay dos iguales). Una vez aceptado este hecho, se puede valorar cualitativamente el esfuerzo que cada uno pone en la clase y las necesidades particulares de enseñanza.

Es una necesidad primordial meditar diariamente sobre nuestras acciones para valorar si se cumplen los objetivos, los aprendizajes esperados y el desarrollo de competencias. Buscar comprender al alumno a través de la reflexión, maximizando el aprovechamiento del tiempo en la clase. Si logro ser una mejor docente, una persona preparada para guiar y apoyar al estudiante, él tendrá mayores oportunidades de absorber los conocimientos para cubrir sus necesidades, buscar su mejoramiento y autorrealización. La educación es un deber compartido entre el docente y el padre de familia.

Decía Carl Jung “a lo que resistes, persiste” y buena parte de mi vida hui de la idea de ser como mis padres, cuando realmente lo que más quería era ser como ellos. No hay nada más armónico para mí que la docencia, razón por la que valoro cada instante.

Descomponer el todo y establecer cada parte de la fórmula para formar a un maestro puede reflejar un sinnúmero de posibilidades, desde el ejemplo constante de quienes nos encaminaron en la educación hasta ese don innato de apoyar y compartir lo que sabemos; así que por más que trato de establecer un patrón entre mi historia y la de mis compañeros, termino pensando que tal vez no elegimos la docencia: ella nos eligió. Ejercerla requiere de diversidad de cualidades y características, tal y como lo establecen los autores. Es un proceso complejo, pero lleno de satisfacciones.

## **Referencias**

- DELORS, J. (1996). *La educación encierra un tesoro*. Madrid, España: Grupo Santillana de Ediciones.
- GÓMEZ, V. (2008). La práctica reflexiva como estrategia de autoevaluación de las prácticas de enseñanza en los profesores en servicio. *Revista Pensamiento Educativo*, 43, 271-283.
- PIAGET, J. (1995). *La construcción de lo real en el niño*. México: Grijalbo.
- PRIETO, M. (2004). La construcción de la identidad profesional del docente: un desafío permanente. *Revista Enfoques Educativos*, 6(1), 29-49.
- PERRENOUD, Ph. (2004). *La práctica reflexiva en el oficio de enseñar*. México: Graó.
- ZABALA, A. y ARNAU, L. (2007). *11 ideas clave. Cómo aprender y enseñar competencias*. Barcelona, España: Editorial Graó.